

Prólogo

Para llegar a la fuente hay que nadar a contracorriente.

(Stanislav Ezhi Letz)

La exposición debe ser vivida y construida desde los sentidos. Hemos hecho este mundo desde lo racional, desde la tiranía del ojo, y hemos dejado fuera el resto de nuestros estímulos, incluyendo los recuerdos o la nostalgia. Este es un manual que nos muestra caminos extraordinarios para soñar, para amar nuestro trabajo, en el que seamos capaces de imaginar cualquier cosa y concederle su lugar, porque todo es posible al comienzo de una idea; este manual nos hace disfrutar la soledad del museo, recorrerlo solo, a deshoras. También, de amar los sonidos del montaje, de amar sus aromas y los flujos de aire en el espacio, de amar cómo se hablan entre ellas las piezas que hemos colocado, de amar los miedos de cada exposición y, por supuesto, de amar la sorpresa del público y reconocer que esta experiencia nos pertenece porque es solo nuestra.

La exposición nace como todas las cosas creativas, desde la soledad y desde el mundo de los sueños. A partir de aquí todo es posible, y no hablo de éxito o fracaso (eso es cosa de otros, que evaluarán nuestro trabajo sin nuestro control), sino de nuestra propia certidumbre, si es lo que deseábamos hacer o si, por el contrario, lo que hemos hecho es lo que creemos que gustará al público. Hay un abismo infinito entre ambos mundos. Por eso es tan importante escuchar de verdad a nuestro corazón y cuestionarse a uno mismo.

Este manual recoge algunos ejercicios interesantes para fomentar nuevos puntos de vista sobre la exposición, todos experimentales, fomentando la innovación de la práctica museográfica. Se han llevado a cabo en centros de

formación, universidades y empresas multinacionales, con alumnos de todas partes del mundo.

Los resultados nos demuestran que el ser humano es, ante todo, un centro productor de emociones inagotable.